3750

Los Dos

Habladores

Cervantes

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losdoshabladores11620cerv

LOS DOS HABLADORES

por

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Precio: Ocho reales.

ADMINISTRACIÓN

Valverde, 36, bajo.

MADRID

LOS DOS HABLADORES

PERSONAJES

ROLDÁN, SARMIENTO, D.ª BEATRIZ, MUJER DE SARMIENTO; INÉS, CRIADA; UN PROCURADOR, UN ALGUACIL, UN ESCRIBANO Y UN CORCHETE.

ESCENA PRIMERA

EL PROCURADOR, SARMIENTO Y ROLDÁN, *éste último con el traje roto y espada al cinto.*

Sarmiento.—Tome, señor Procurador, que ahí van los doscientos ducados; y doy palabra a usted que aunque me costara 400, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Procurador.—Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero contento de que me descanse y él se remedie.

Roldán. — ¡Ah, caballero! ¿Es usted procurador?

Procurador. — Sí soy; ¿qué manda usted?

Roldán.—¿Qué dinero es ese?

Procurador.—Dámele este caballero para pagar la parte a quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldán.—Y, ¿cuánto es el dinero?

Procurador.—Doscientos ducados.

Roldán.—Vaya usted con Dios.

Procurador.—Dios guarde a usted. (Váse.)

ESCENA II

SARMIENTO *y* ROLDÁN, *solos.*

Roldán.—¡Ah, caballero!

Sarmiento.—¿A mí, gentilhombre?

Roldán.—A usted digo.

Sarmiento.—Y, ¿qué es lo que manda?

Roldán.—Cúbrase usted; que si no, no hablaré palabra.

Sarmiento.—Ya estoy cubierto.

Roldán.—Señor mío: yo soy un pobre hidalgo; aunque me he visto con honra, tengo necesidad y he sabido que usted ha dado 200 ducados a un hombre a quien le ha dado una cuchillada; y si usted tiene deleite en darlas, vengo a que usted me dé una

609073

adonde fuera servido, que yo lo haré con 50 ducados menos que otro.

Sarmiento.—Si no estuviera tan mohino, me obligara a reir usted. ¿Dícelo de veras? Pues venga acá. ¿Piensa que las cuchilladas se dan sino a quien las merece?

Roldán. — Pues, ¿quién las merece como necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? Pues, ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Sarmiento.—Usted no debe ser muy leído; que el proverbio latino no dice sino que *necesitas caret lege*, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

Roldán.—Dice muy bien usted; porque la ley fué inventada para la quietud; y la razón es el alma de la ley, y quien tiene alma tiene potencias; tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento; usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mire en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarmiento.—¡Por el diablo que acá me trujo, esto es lo que yo había menester después de haber pagado 200 ducados por la cuchillada!

Roldán. — ¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Caín a su hermano Abel, aunque entonces no había cuchillos; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno a la reina Pantalisea, sobre quitalle a Zamora la bien cercada; y asimismo, Julio César al conde D. Pedro Anzures, sobre el jugar a las tablas con D. Gaiferos entre Cabañas y Olias; pero advierta usted, que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traición se comete al rey; la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser; y si yo riñese con ventaja; porque dice Carranza en su «Filosofía de la espada» y Asencio en la «Conjuración de Catilina»...

Sarmiento.—¡Váyase con el diablo, que me lleva mi juicio! ¿No echa de ver que me dice bernardinas?

Roldán.—¿Bernardinas dice usted? Y dijo muy bien, porque es lucido nombre, y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada a ser monja de San Bernardo, porque si se llamase Francisca no podía ser, que las Franciscas tienen cuatro efes; la F es una de las letras del A B C; las letras del A B C son veintitrés: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos caca, que se compone de dos veces esta letra, K; dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes, no se ha de tomar en ayunas, ni aguado, porque las partes raras del agua penetran en los poros y se suben al cerebro, y entrando puras...

Sarmiento.—Téngase, que me ha muerto, y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldán.—Dice usted muy bien, porque quien tiene lengua a Roma va; yo he estado en Roma y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalbán; Montalbán era un castillo, de donde fué señor Reynaldos; Reynaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el Emperador Carlo Magno en la mesa redonda, porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto, un cuarto se compone de cuatro maravedís, el maravedí antiguo valía tanto como agora un escudo; dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia, y hay escudos...

Sarmiento.—¡Dios me la de para sufrirle! Téngase, que me lleva perdido.

Roldán.—Perdido dijo usted, y dijo muy bien, porque el perder no es ganar; hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija o un lienzo, perder...

Sarmiento.—¡Acabe, con el diablo!

Roldán.—¿Diablo dijo usted?, y dijo muy bien, porque el diablo nos tienta con varias tentaciones, la mayor de todas es la de la carne: la carne no es pescado, el pescado es flemoso; los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía; la melancolía no es alegría, porque la alegría consiste en tener dineros; los dineros hacen a los hombres; los hombres no son bestias; las bestias pacen y, finalmente...

Sarmiento.—Y finalmente me quitará usted el juicio, o poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

Roldán.—¿Qué manda usted?

Sarmiento.—Señor mío: yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo; es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto a matalla por las palabras, como otros por las obras; remedios he buscado, ninguno ha sido a propósito; a mí me ha parecido que si yo llevase a usted a mi casa, y hablase con ella seis días arreo, me la pondría de la manera que están los que comienzan a ser valientes delante de los que ha muchos días que lo son; véngase usted conmigo, suplícoselo, que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré a usted en mi casa.

Roldán.—¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo a un zapatero de obra prima; prima es una cuerda de una guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes; las órdenes mendigantes son cuatro; cuatro son las que no llegan a cinco; con cinco estaba obligado a reñir antiguamente el que desafiaba de común, como se vió en don Diego Ordóñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el Rey D. Sancho...

Sarmiento.—¡Téngase y téngase, por Dios, y véngase conmigo, que allí dirá lo demás!

Roldán.—Camine delante usted, que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra, porque la piedra...

Sarmiento.—No le oiré palabra.

Roldán.—Pues camine, que yo le curaré a su mujer. (Vánse.)

ESCENA III

DOÑA BEATRIZ, *mujer de* SARMIENTO, *e* INÉS, *su criada.*

Beatriz.—¡Inés! ¡Hola, Inés! ¿Qué digo? ¿Inés, Inés?

Inés.—Ya lo oigo, señora, señora, señora.

Beatriz.—Bellaca, desvergonzada; ¿cómo me respondéis vos en ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

Inés.—Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

Beatriz.—Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil añadiendo ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos.

Inés.—Señora, ya lo tengo entendido: dígame usted qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

Beatriz.—Y la prosa es para que traigáis la mesa, para que coma vuestro amo; que ya sabéis que anda mohíno, y una mohína en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

Inés.—Pues ¿hay más de sacar la mesa? Voy volando. (Váse.)

ESCENA IV

BEATRIZ, SARMIENTO *y* ROLDÁN

Sarmiento.—¡Hola! ¿No está nadie en esta casa? ¡Doña Beatriz! ¡Hola!

Beatriz.—Aquí estoy, señor. ¿De qué venís dando voces?

Sarmiento.—Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mío, convidado; acaricialde y regalalde mucho, que va a pretender a la corte.

Beatriz.—Si usted va a la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tan encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda acción consiste...

Roldán.—Quedo, quedo: suplico a usted, que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos; los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar y no estorbar; toda persona que estorbare es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le dé buenas

Pascuas; las Pascuas son cuatro: la dé Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés; Pentecostés es un vocablo exquisito.

Beatriz.—¿Cómo exquisito? Mal sabe usted de exquisitos; toda cosa exquisita, es extraordinaria; la ordinaria no admira; la admiracin nace de cosas altas; la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza; la más baja es la malicia, porque todos caen en ella; el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas: el principio, el aumento y la declinación.

Roldán.—Declinación dijo usted y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan, y los que se casan se llaman con este nombre, y los casados son obligados a quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia, y la razón de esto es...

Beatriz.—Paso, paso.—¿Qué es esto, marido? ¿Tenéis juicio? ¿Qué hombre es este que habéis traído a mi casa?

Sarmiento.—Por Dios, que me huelgo, que he hallado con que desquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos, que el señor Roldán ha de ser huésped mío seis o siete años.

Beatriz.—¿Siete años? Maos años; ni una hora, que reventaré, maridol

Sarmiento.—El era harto mejor para serlo vuestro.—¡Hola! Dad acá la comida.

ESCENA V

DICHOS e INÉS

Inés (entra).—¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

Roldán.—¿Quién es esta señora?

Sarmiento.—Es criada de casa.

Roldán.—Una criada, que se llama en Valencia, *fadrina*; en Italia, *masara*; en Francia, *gaspirria*; en Alemania, *tilimoquia*; en la corte, sirvienta; en Vizcaya, *moxarra*, y entre pícaros, *dufa*. Venga la comida alegremente, que quiero que vuesas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

Beatriz.—Aquí no hay que hacer sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

Roldán.—¿Hablar dijo usted? Y dijo muy bien: hablando se entienden los concept éstos se forman en el entendimiento; q quien no entiende no siente; quien no sie te, no vive; el que no vive, es muerto; muerto echalle en un huerto.

Beatriz.—¡Marido, maridol

Sarmiento.—¿Qué quieres, mujer?

Beatriz.—Echadme de aquí este hom bre con los diablos, que reviento por h blar.

Sarmiento.—Mujer, tened paciencia; q hasta cumplidos los dichos siete años puede salir de aquí; porque he dado mi p labra y estoy obligado a cumplirla, o no s quien soy.

Beatriz.—¿Siete años? Primero veré yo muerte. ¡Ay, ay, ay!

Inés.—Desmayóse. ¿Esto quiere usted delante de sus ojos? Véala ahí, muerta.

Roldán.—¡Jesús! ¿De qué le ha dado e mal?

Sarmiento.—De no hablar.

ESCENA VI

DICHOS *y el* ALGUACIL, *desde dentro.*

Alguacil.—¡Abran aquí a la Justicia, abr a la Justicia!

Roldán.—¡La Justicia! ¡Ay, triste de m ¡Que yo ando huído, y si me conocen me ha de llevar a la cárcel!

Sarmiento.—Pues señor, el remedio meterse en esta estera usted, que las había quitado para limpiarlas, y así se podrá brar; que yo no hallo otro. (Métese Roldá dentro del rollo de esteras.)

ESCENA VII

DICHOS, *el* ALGUACIL *y el* ESCRIBANO

Alguacil.—¿Era para hoy el abrir est puerta?

Sarmiento.—¿Y qué es lo que usted man da, que tan furioso viene?

Alguacil.—El señor Gobernador manda ue, no obstante que usted ha pagado los oscientos ducados de la cuchillada, venga sted a darle la mano a este hombre, y se bracen y sean amigos.

Sarmiento.—Querría comer agora.

Escribano.—El hombre está aquí junto, y uego se volverá usted a comer despacio.

Sarmiento.—Vamos en buen hora. (Vanse.)

Inés.—Vuelve en tí, señora; que si de no ablar te has desmayado, agora que estás ola hablarás cuanto quisieres.

Beatriz.—Gracias a Dios, que agora desansaré del silencio que he tenido.

ESCENA VIII

INÉS, BEATRIZ *y* ROLDÁN.

Roldán.—(Saca la cabeza por la abertura del rollo de esteras, y mirando a doña Beatriz, dice:) ¿Silencio dijo usted? Y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan a tiempos y callan a tiempos; porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado, siete; porque...

Beatriz.—Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo a desmayarme.

ESCENA IX

SARMIENTO, ALGUACIL, ESCRIBANO *y* DICHOS. ROLDÁN, *oculto nuevamente en el rollo de esteras.*

(Entran Sarmiento, el Alguacil y el Escribano.)

Sarmiento. — Ya que se han hecho las amistades quiero que vuesas mercedes beban con una caja. ¡Hola! Dad acá la cantimplora y aquella pesada.

Beatriz.—¿Agora nos metéis en eso? ¿No veis que estamos ocupados sacudiendo estas esteras?

(Muestra un palo que habrá cogido previamente.) Y tú con ese otro (a Inés, alargándole otro palo), démosles hasta que queden limpias.

Roldán (saliendo de su escondrijo). — Paso, paso, señoras, que bien entendí que hablaban mucho; pero no que jugaban de manos.

Alguacil.— ¡Oiga! ¿Qué es esto? ¡¿No! es aquel bellaco de Roldazejo, el hablador, que hace las maulas.

Escribano.—El mismo.

Alguacil.—Sed preso, sed preso.

Roldán.—¿Preso dijo usted? Y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

Alguacil.—Que no, no; aquí no ha de valer la habladuría; vive Dios, que habéis de ir a la cárcel.

Sarmiento.—Señor alguacil, suplico a usted que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se le lleve; que doy palabra a usted de darle con que se vaya del lugar en curando a mi mujer.

Alguacil.—Pues ¿de qué la cura?

Sarmiento.—Del hablar.

Alguacil.—¿Y cómo?

Sarmiento.—Hablando; porque como habla tanto, la enmudece.

Alguacil.—Soy contento por ver ese milagro, pero ha de ser con condición que si la diese sana me avise usted luego, porque le lleve a mi casa; que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaría que me la curase de una vez.

Sarmiento.—Yo avisaré con lo que hubiese.

Roldán.—Yo se la dejaré bien curada.

Alguacil.—¡Vete, pícaro hablador!

Sarmiento.—No me desagrada el verso.

Alguacil.—Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna vena de poesía.

Roldán.—¡Oiga! ¿Poesía ha dicho usted? Pues repare, que por Dios que la ha de llevar de puño.

Alguacil. La condición del hablar
más parece tentación
de quien nos suele tentar;
ni puede ser condición
en hombre que es muladar.
Parte a servir de atambor
con esa lengua embaidor;

y, pues, que con mayor ruido
suenas a un discreto oído
vete, pícaro hablador.
Después de muerto sé yo
que ha de ponerse en lugar
de epitafio: «Aquí murió
quien muerto no ha de callar
tanto como vivo habló.»

Inés. Esa quiero yo acabar.

Escribano. Siga, veamos.

Inés. Y pues de hablar el rigor
a un muerto pone temor,
a un monte, donde a ninguno
seas hablando importuno,
vete, pícaro hablador.

Sarmiento. Va la mía.
¡Oh, tú, que hablaste por veinte,
y hablaste por veinte mil...

Beatriz. Yo la acabaré, detente.

Roldán. Por hablar; traza sutil.

Beatriz. Repase, señor pariente,
vete adonde tu rumor
no suene para tu mengua;
y pues se sabe tu flor,
vete, enfermo de la lengua,
vete, pícaro hablador.

Roldán. Oigan y repasen vuesas mer-
des, que no será peor la mía:
Aquí he venido a curar
una mujer habladora,
que nunca supo callar,
a quien pienso desde agora
enmudecer con hablar.
Convidóme este señor,
y comeré con rigor,
aunque diga su mujer,
por no me dar de comer,
vete, pícaro hablador.

FIN